

PABLO DE TARSO

JOACHIM GNILKA

PABLO DE TARSO

Apóstol y testigo

Traducción

VÍCTOR ABELARDO MARTÍNEZ DE LAPERA

Herder

Versión castellana de VÍCTOR ABELARDO MARTÍNEZ DE LAPERA
JOACHIM GNILKA, *Paulus von Tarsus: Apostel und Zeuge*
Verlag Herder, Friburgo de Brisgovia 1996

Diseño de la cubierta: CLAUDIO BADO y MÓNICA BAZÁN

© 1966, Verlag Herder, Friburgo de Brisgovia

© 1998, Empresa Editorial Herder, S.A., Barcelona

La reproducción total o parcial de esta obra sin el consentimiento expreso
de los propietarios del *Copyright* está prohibida al amparo de la legislación vigente.

Fotocomposición: COMPTEx & ASS, S.L.

Imprenta: COMETA, S.A.

Depósito legal: Z - 1.066 - 1998

Printed in Spain

ISBN: 84-254-2012-1

Herder

Código catálogo: REB2012

Provenza, 388. 08025 Barcelona - Teléfono (93) 457 77 00 - Fax (93) 207 34 48

E-mail: editorialherder@herder-sa.com - <http://www.herder-sa.com>

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	9
<i>Capítulo 1. INVESTIGACIÓN SOBRE PABLO</i>	11
1. Hitos en la recepción de Pablo y en la investigación sobre él	11
2. La cuestión de las fuentes	19
<i>Capítulo 2. JUVENTUD Y EDUCACIÓN</i>	23
1. En Tarso	23
2. En Jerusalén	29
<i>Capítulo 3. EL PERSEGUIDOR Y SU VOCACIÓN</i>	37
1. El perseguidor	37
2. La vocación	43
<i>Capítulo 4. LA ACTIVIDAD MISIONERA</i>	51
1. El tiempo anterior a la reunión de Jerusalén	51
a) En Arabia	52
b) La primera visita a Jerusalén	55
c) Los primeros esfuerzos misioneros	58
d) ¿Cuándo tuvo lugar la salida hacia Europa?	66
e) A Macedonia y Acaya	73
2. La asamblea de los apóstoles en Jerusalén y el incidente de Antioquía ..	95
a) La asamblea de los apóstoles en Jerusalén	95
b) El incidente de Antioquía	101
3. El último viaje misionero	107
a) En Éfeso	107
b) De nuevo en Macedonia y en Acaya	121
4. Método misional y teología de la misión	127
a) Método	127
b) Teología de la misión	129
c) Los colaboradores en la misión	139
5. Los adversarios de Pablo	143
6. La colecta para Jerusalén	149
<i>Capítulo 5. EL DESARROLLO DE LAS COMUNIDADES</i>	159
1. La vida en la comunidad	160
2. Vida en casa y familia	167
3. La vida en la <i>polis</i>	172
<i>Capítulo 6. PABLO, EL TEÓLOGO</i>	179
1. Los supuestos previos	180
a) La vocación	181
b) La Escritura del Antiguo Testamento	182
c) Tradiciones cristianas	186

2. Dios, origen y meta. La teología	189
3. El mundo como criatura. La cosmología	193
4. El hombre como criatura. La antropología	196
a) Descendiente de Adán	196
b) Capacidades psíquicas	200
c) Existencia corporal	205
5. El hombre en la perdición. Poderes y auxiliares de la perdición	211
a) Existencia sárquica	211
b) Pecado y muerte	214
c) La ley ambivalente	217
6. La proclamación de Cristo	222
7. El hombre en la salvación	230
a) Justificados... ..	230
b) ... por la fe	236
c) Imágenes eficaces de la salvación	239
d) En Cristo, en el Señor	246
e) El don del Espíritu	251
8. Comunidad y pueblo de Dios	257
a) Teología de la comunidad	257
b) Los sacramentos de la comunidad	263
c) El pueblo de Dios antiguo y nuevo	271
<i>Capítulo 7. PABLO, EL HOMBRE</i>	279
<i>Capítulo 8. CAUTIVIDAD Y MUERTE</i>	289
<i>Capítulo 9. CRONOLOGÍA</i>	299
<i>Capítulo 10. IMÁGENES NEOTESTAMENTARIAS DE PABLO POSTERIORES A ÉL</i> ..	305
1. Hechos de los Apóstoles	305
2. Las cartas pastorales	308
3. Cartas a los colosenses y a los efesios	311
<i>Bibliografía</i>	313
<i>Índice analítico y onomástico</i>	315
<i>Citas bíblicas</i>	317

PRÓLOGO

Nadie mejor que Pablo puede ofrecernos una visión auténtica del cristianismo más primitivo. En sus cartas percibimos la voz inmediata de un apóstol, aunque fuera llamado en la segunda generación por el Cristo exaltado y no perteneciera al originario grupo de los Doce. Sus cartas nos permiten echar una mirada a las primeras comunidades formadas por cristianos provenientes del mundo pagano; nos permiten captar su estructura y organización, sus problemas y carencias, y también los enfrentamientos originados por la admisión libre de paganos en la Iglesia, considerada todavía entonces como elemento integrante de la sinagoga judía. Vemos cómo la joven Iglesia se desvincula del judaísmo y cómo el Evangelio penetra en el mundo que se agrupó, con el Imperio romano, alrededor del Mediterráneo.

En el centro vemos a Pablo, perteneciente a dos culturas: al judaísmo y al helenismo. Unos lo consideran como fundador del cristianismo; otros como apóstata de la religión de los patriarcas. Pero él mismo no se consideró ni lo uno ni lo otro, sino «esclavo de Jesucristo, apóstol por vocación» (Rom 1,1). La dedicación al estudio de Pablo puede desembocar fácilmente en una historia de la primera fase histórica del cristianismo. Ya F.Chr. Baur, que se encuentra en el comienzo del estudio crítico de Pablo, sitúa a éste en un contraste rotundo, casi irreconciliable, con el cristianismo judío de Jerusalén. Como es obvio, hay que prestar una atención continua y cada vez más perfilada a esta confrontación que Baur acentuó en exceso. Pero esto no constituye el tema principal de este libro. Contemplamos la vida y obra del Apóstol y, desde esa perspectiva, miremos también la mencionada controversia. Si hay que destacar una singularidad, un hilo conductor de este libro, deberemos referirnos al intento de interrelacionar la vida, los detalles biográficos averiguables, las huellas históricas del Apóstol con su mensaje y su teología. Ambos elementos se condicionan y clarifican de modo recíproco y resultan indispensables para comprender los dos términos del binomio. Ambos aspectos están relacionados entre sí. De ahí que expongamos de modo relativamente exhaustivo la vertiente histórica. Para la exposición de la teología paulina me permito remitir a mi *Theologie des Neuen Testaments* (Friburgo de Br. 1994). He tomado aquí lo que dije allí, pero doy en parte una formulación nueva.

Al subtítular este libro con la denominación «Apóstol y testigo» quiero indicar que incorporo Hechos de los Apóstoles, donde Pablo aparece en repetidas ocasiones como testigo (cf. 22,15; 26,16), en mis reflexiones adobadas con una crítica no destemplada. La condición de testigo concuerda plenamente

con la visión que el Apóstol tiene de sí mismo (cf. 1Cor 15,15). Al mencionar habitualmente a Lucas no hago más que seguir la costumbre generalizada. Eso no significa que yo dé por sentada la autoría de Hechos de los Apóstoles, cuyo autor no podemos especificar con mayor precisión. Tal vez haya que consignar como novedad en un libro sobre Pablo la descripción de las imágenes de Pablo recogidas en Hechos de los Apóstoles y en las cartas deuteropaulinas, condicionadas todas ellas por las intenciones de los respectivos autores. Esa descripción esboza ante nuestros ojos el cambio que sufrió ya en fechas muy tempranas la imagen de Pablo.

Al finalizar, quiero manifestar mi agradecimiento a la señora Ingrid Süssmann, mi secretaria durante muchos años, por la cuidadosa informatización de mi manuscrito.

JOACHIM GNILKA
Múnich, junio de 1996

CAPÍTULO 1

INVESTIGACIÓN SOBRE PABLO

1. HITOS EN LA RECEPCIÓN DE PABLO Y EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE ÉL

Durante su vida, Pablo no tuvo eco alguno en el gran mundo. A diferencia de lo que sucede a Jesús¹, la literatura greco-romana no menciona ni una sola vez a Pablo. Se da aquí una especie de represalia, pues también Pablo mira con escepticismo a la clase alta que detenta el poder, la cultura y la nobleza de cuna en su tiempo (cf. 1Cor 1,20-29). También la literatura judía calla acerca de él. Su nombre está ausente tanto de los Talmudim y Midraschim como de los escritos del historiador judío Flavio Josefo. ¿Se pretendió castigarlo con el silencio? En algunas ocasiones se ha creído poder descubrir aseveraciones indirectas referidas a él. Así, se quiso relacionar con Pablo el siguiente dicho: «El que profana los santuarios, desprecia las festividades, rompe la alianza de nuestro padre Abrahán e interpreta de modo inaudible la Torá, ese tal, aunque acredite conocimientos de la Torá y buenas acciones, no tiene participación alguna en el mundo venidero»². Con todo, debemos ser cautos.

En la historia del cristianismo tocó en suerte a Pablo una recepción singular. Los libros dedicados a su persona y obra y, en especial, los comentarios de sus cartas llenan bibliotecas. Los informes de los estudios sobre Pablo se cuentan por volúmenes. Con todo, la recepción no ha sido igual en todas las épocas de la Iglesia. Ella alcanzó su cenit permanente con la Reforma. Y es descabellado querer vaticinar que la posición de maestro cristiano *par excellence* que Pablo detenta desde hace cuatro siglos gracias al protestantismo ortodoxo tocará pronto a su final³. Es posible que Pablo nunca haya estado tan vivo como hoy.

Dada la plétora de la literatura al respecto, tenemos que limitarnos aquí a apuntar hitos de la recepción y estudio dispensados a Pablo. La selección sub-

1. Las menciones de Jesús o de Cristo en: Tácito, ann. 15, 44, 2 s; Suetonio, Vita Claudii 25; Plinio, ep. 10, 96, 6 s, se limitan, como es obvio, a lo más elemental, y están en relación con los cristianos, que causan estupor.

2. A. Jellinel según Klausner, Von Jesus zu Paulus 552.

3. Así E. Renán según Rigaux, Paulus 61. Renán había escrito en 1869 un libro sobre Pablo. Rigaux califica de excelente su parte conclusiva.

jetiva de esos hitos quiere suministrar al lector una breve panorámica de los avatares intelectuales que han girado en torno a Pablo. La recepción dispensada a éste tuvo su primera plasmación ya en el Nuevo Testamento. Las cartas deuteropaulinas, que tal vez remiten a una escuela (o escuelas), tratan de reflexionar siguiendo las coordenadas de Apóstol y, también, de atender a las comunidades fundadas por él. Su teología se desarrolla en diversas direcciones. Con todo, la Iglesia, la comunidad, es un tema descollante. Cabe percibir la diversa acentuación, por ejemplo, en que las cartas pastorales destacan sólo al apóstol Pablo, mientras que la carta a los efesios amplía su campo de visión y menciona junto a él a otros «santos apóstoles» (Ef 3,5; 2,20). Los Hechos de los Apóstoles, que en su segunda mitad informan con detalle de la actividad misionera de Pablo, han contribuido de modo decisivo a que el recuerdo de Pablo permaneciera vivo⁴.

En los dos primeros siglos, en el tiempo de los llamados Padres Apostólicos, la autoridad del Apóstol es inquebrantable. Se le cita, se le colma de alabanza —la loa de Ignacio de Antioquía resulta exagerada (cf. Ign Ef 12,2)—, pero se desvanecen los perfiles de su teología. Predomina la doctrina moral. La eclesiología paulina con la idea de que la comunidad es cuerpo de Cristo y todos los creyentes miembros vivos, activos, de ese cuerpo, no se traduce a la práctica. Rara vez se percibe y comenta el verdadero contenido teológico de la doctrina de la justificación⁵. Resulta ilustrativa la segunda carta de Pedro, que quiere sintonizar con Pablo, pero no cita ni una de sus cartas.

La polémica judeocristiana resulta perceptible en los «Kerygmata Petrou», para los que el Apóstol, por su concepción de la Ley, aparece como encarnación de Satanás⁶. En cambio, algunos círculos gnóstico-cristianos dispensaron a Pablo una recepción preferente. Es el caso de los valentinianos. Y en la Carta de Regino, de Nag Hammadi, aparece Pablo como el Apóstol por antonomasia. Pero el hecho de que Pablo se viera favorecido por esta gnosis no debe llevar a pensar que la Iglesia lo miraba con recelo.

Con Marción († 160 en Roma), la recepción de Pablo alcanza un nuevo peldaño. Él es tal vez el primero que contempla desde una vertiente histórica las cartas de Pablo y concluye de su lectura que toda la época apostólica tuvo un único motor: la lucha de intransigentes judeocristianos contra el evangelio paulino⁷. Empalmando con esto, él reemprende, como presunto abogado de Pablo, esta lucha en su tiempo, desliga de modo radical la Ley del evangelio, y llega incluso a atribuir una y otro a dioses distintos. En las cartas de Pablo encuentra él al Dios verdadero, que sería a la vez el Dios desconocido y extraño, y el

4. E.J. Goodspeed, «Ephesians and the First Edition of Paul»: JBL 70 (1951) 285-291, sostenía que la aparición de Hechos de los Apóstoles estimuló la colección de las cartas de Pablo. Al respecto, cf. Gnllka, Eph 45 y nota 4.

5. Cf. Lindemann, Paulus 402s.

6. Cf. Lindemann, Paulus 105.

7. Cf. A. von Harnack, *Marcion. Das Evangelium vom fremden Gott*, ²1924, reimpresión: Darmstadt 1960, 36s.

evangelio verdadero. Pero también en las cartas de Pablo elimina algunos puntos y los estigmatiza arbitrariamente como falsificación de pseudoapóstoles. Aunque de forma extremada y altamente subjetiva, Marción anticipa en su posición algo que reaparecerá mucho más tarde bajo otras condiciones.

Al recorrer la historia de la recepción dispensada a Pablo no es posible no mencionar a Agustín. En su pensamiento teológico, sobre todo en su fase final y decisiva (ca. 396-430), fue influido de manera determinante por Pablo⁸. El buen querer es para él un don gratuito de Dios. Sólo Dios obra el buen querer si el hombre acepta el llamamiento divino. Agustín radicaliza la problemática y pregunta por qué Dios concede a uno misericordia mientras que la deniega a otro. Y sólo puede responder a ese interrogante haciendo referencia a lo insondable de los caminos de Dios según Rom 11,33. La posición teológica del Obispo de Hipona, que influyó de modo determinante en el cristianismo occidental, debe ser vista en conexión con su propia historia personal. Ésta encontró su plasmación existencial en sus *Confesiones*, sobre todo al comienzo de los respectivos libros (I 1,1; II 1,1; IV 1,1, etc.). Agustín alaba la gracia divina experimentada.

Los avatares personales tuvieron importancia descollante también en la recepción que Martín Lutero dispensó a Pablo. Atormentado por la intranquilidad de no ser partícipe de la gracia, desconcertado por el cuño occamista de la doctrina de la gracia, pero también por los modos de adquirir la gracia ordenados por la Iglesia de su tiempo, obtiene él de Pablo la certeza entendiendo el evangelio como evangelio. El axioma temático de la carta a los romanos acerca de la justicia de Dios que se revela en el evangelio (1,17) le abre un acceso nuevo. Comprende la justicia de Dios como la actuación justificante de Dios comunicada por medio de la fe, *sola fide*. No puede conseguir tal justicia ni la voluntad humana —la voluntad del hombre pecador es necesariamente esclava— ni la naturaleza ni la ley, «el antiguo código de los judíos». Como dice en el prólogo a la carta de san Pablo a los romanos, quiere comunicar a todos esta liberación que él ha experimentado a fin de que toda persona la entienda tanto mejor. E invita a todo hombre cristiano no sólo a aprender «de memoria y al pie de la letra» la palabra de Pablo, sino también a tratarla de continuo como el pan diario del alma⁹.

En la época del Renacimiento y de la Ilustración se dispensó un trato distinto a la Escritura. Floreció la exégesis científica que se sirve del método histórico-crítico y pretende abordar también a Pablo y sus cartas sin hipótesis previas. Pero el debate impulsado por Lutero sobre cómo entender la justificación paulina sigue influyendo —cabría decir que sin interrupción— hasta el siglo xx. Y quizás en esta discusión se ponga de manifiesto que la polémica no consiguió liberarse de supuestos previos. El debate estuvo marcado por una fuerte con-

8. A. Schindler, TRE IV 653, 673 considera que el cambio se hace patente en el escrito *De diversis quaestionibus ad Simplicium*.

9. Texto alemán según K.G. Steck, *Luther für Katholiken*, Múnich 1969, 308. Bibliografía en G. Ebeling: RGG³ IV 1960, 516-520.

troversia teológica. La cuestión de si el dicho de la justificación del pecador tiene sólo significación «forense» o también «efectiva» adquirió importancia decisiva. El antagonismo resulta aún más claro cuando una parte habla de una transformación substancial del hombre y concibe la justicia como una *qualitas animae* y la otra parte protesta contra eso afirmando el *extra nos* de la gracia de la justificación. Otra variedad de la cuestión «forense o efectiva» es la discusión sobre si la justicia que Dios regala al hombre sólo se imputa, es decir, tiene unos efectos puramente externos —Dios se comporta como si el pecador fuera justo— o si ella es una realidad interior del hombre, de modo que el declarado justo es realmente justo¹⁰. En nuestros días comienza a amainar la tempestad gracias, no en último término, a la referencia inmediata a los textos paulinos.

Aquellos autores que marcan el comienzo de la nueva época enfatizan sus objetivos. Quieren trabajar utilizando las herramientas de la filología y de la crítica (J.Chr. Wolf)¹¹, contemplan el Nuevo Testamento como una plasmación de las ideas cristianas condicionada por la época (J.S. Semler) o se acercan al Racionalismo (S.J. Baumgarten)¹². L. Usteri, empalmando con la preocupación de Semler, quiere elaborar la concepción doctrinal paulina. Y lo hace, sobre todo, de la mano de la carta a los gálatas. Tiene interés en esclarecer que lo «cristiano general» fue marcado y enriquecido de forma subjetiva por la doctrina del Apóstol. Aunque él no habla aún de una oposición entre la predicación apostólica original y la paulina, sin embargo es considerado como el fundador de la investigación histórica del paulinismo¹³.

F.Chr. Baur († 1860) es el primero que profundiza el foso entre Pablo y la primera comunidad cristiana. Y parte de que el Apóstol desarrolló su doctrina polemizando de plano con aquella. De nuevo juega un papel capital la carta a los gálatas, a la que se considera como el contrapunto a los Hechos de los Apóstoles. También los adversarios de Pablo entran en el campo de mira, sobre todo de la mano de las cartas a los corintios, que revelarían las divisiones y luchas. Baur concluye de ahí que en la cristiandad más antigua se habrían enfrentado dos partidos: uno protoapostólico-petrino, paulino el otro. En la eliminación paulatina de las confrontaciones ve él la evolución hacia la Iglesia católica antigua. Según Baur, esa evolución fue favorecida por la presión ejercida desde fuera, concretamente por la gnosis, que habría sido hostil a ambos partidos¹⁴. Tal vez reencontremos en esta concepción ideas conocidas ya por

10. Cf. Kertelge, *Rechtfertigung* 113-120.

11. Cf. sus *Curae philologicae et criticae*, Basilea 1741, que influyeron de modo considerable durante décadas.

12. Cf. Schweitzer, *Geschichte* 2 s. Hablando de H. Grotius, que publicó entre 1641 y 1648 sus *Annotationes in NT*, dice Schweitzer que aquél trató con amor especial las cartas de Pablo, pero también señala que Grotius no había caído en la cuenta aún de la singularidad del mundo conceptual paulino.

13. L. Usteri, *Entwicklung des paulinischen Lehrbegriffs mit Hinsicht auf die übrigen Schriften des NT*, Zurich 1824. Cf. Kümmel, *Das Neue Testament* 112s.

14. Cf. Schweitzer, *Geschichte* 10-17; Kümmel, *Das Neue Testament* 156-176.

Marción. La contemplación observable quizás por primera vez en éste desde la distancia temporal es elevada ahora a la categoría de método histórico. Éste se combina en Baur con la concepción histórico-filosófica suministrada por Hegel según la cual se consigue el progreso mediante la oposición entre tesis y antítesis, resuelta y superada en la síntesis.

Si bien Baur tensó en exceso el arco histórico, sin embargo determinadas cuestiones han permanecido desde entonces, de modo continuado, en la discusión; hasta en la investigación paulina de nuestros días. En ese manojito de temas se encuadran los intentos de precisar con más detalle la relación de Pablo con el judeocristianismo de Jerusalén¹⁵. Ambas cosas no se solapan del todo, y convendría deslindarlas. Está también la caracterización y descripción de los adversarios paulinos. Mientras que W. Lütgert habló aún de un frente unitario de los antipaulinos y trató de fundamentar esta tesis en varias publicaciones, hoy se ve de modo más diferenciado la situación, y se parte del supuesto de que Pablo tuvo que vérselas con diversos rivales, al menos en Galacia y en Grecia¹⁶.

Resulta ilustrativo también el que al nacer el estudio crítico se comience a negar que Pablo sea autor de algunas cartas. F.D.E. Schleiermacher fue uno de los primeros en seguir esta línea. Negó la autenticidad de la primera carta a Timoteo, pero cimentó su negativa más en razones estéticas que críticas. J.G. Eichhorn amplió luego ese veredicto a las tres cartas pastorales. Basó su negativa en el lenguaje y en las ideas de las cartas, y reclamó frente a Schleiermacher haber sido el primero en llegar a esa constatación¹⁷. También en esta cuestión se ha rebasado con mucho la problemática. B. Baur arremetió contra casi todas las cartas. E. Evanson sospechó de la carta a los romanos¹⁸. Hoy estamos habituados a distinguir entre cartas protopaulinas y cartas deuteropaulinas. Algunas cartas siguen siendo objeto de discusión (cf. la sección 2: «La cuestión de las fuentes»).

Dio gran impulso a la investigación A. Deissmann († 1937), que fue el primero en incorporar en gran número a sus trabajos documentos extrabíblicos contemporáneos de Pablo. Recogió papiros, inscripciones y *ostraka* para arrojar, con la ayuda de estos contemporáneos, nueva «luz de Oriente» sobre la figura de Pablo. Partiendo de su familiaridad con la papirología y con la arqueología, intentó liberar a Pablo de la cautividad a la que lo había llevado un paulinismo abstracto, y trató de devolverlo al Oriente y a Grecia. Debía entrar de nuevo en el campo de mira el Pablo anatolio y antiguo que salió de la masa del anonimato y que estaba llamado a convertirse en una personalidad de relieve universal¹⁹.

15. El último intento proviene de L. Wehr, *Petrus und Paulus — Kontrahenten und Partner* (NTA 29), Münster 1996.

16. Cf. W. Lütgert, *Freiheitspredigt und Schwarmgeister in Korinth*, Gütersloh 1908; *ID.*, *Gesetz und Geist*, Gütersloh 1919; D. George: VF 1960, 90-96.

17. Cf. Schweitzer, *Geschichte* 6s.

18. Cf. Schweitzer, *Geschichte* 94.

19. Cf. Deissmann, *Paulus IX* (prólogo a la primera edición).

Con las investigaciones de Deissmann, que había sacado a la luz los trasfondos helenísticos, cobró nueva vida la cuestión de si el Apóstol fue más deudor del mundo griego o del mundo judío. A la hora de emitir pareceres, el péndulo osciló de un lado a otro. Con todo, si se tiene en cuenta la biografía de Pablo, habrá que convenir en que él perteneció a dos culturas. Cuando se le etiqueta diciendo que él fue el verdadero fundador del cristianismo y que acuñó una nueva imagen de Cristo, la del Cristo celeste e Hijo de Dios, no se debe perder de vista que, en efecto, el Jesús de Nazaret histórico es relegado a un segundo plano en las cartas de Pablo, y que éste se contenta con la cruz como el punto histórico decisivo de la vida terrena de Jesús. Pero la investigación ha podido mostrar también que Pablo, sobre todo en la configuración de su cristología, depende en gran medida de una tradición cristiana que es anterior a él.

Llegamos con ello a otro aspecto de los estudios sobre Pablo. Me refiero a la crítica de las formas y de los géneros literarios, capaz de entresacar de las cartas de Pablo tales tradiciones. Se ha podido evidenciar que el Apóstol recogió en sus cartas no pocos himnos, credos, fórmulas de fe y textos doctrinales que se habrían utilizado en la liturgia, en la catequesis y en la predicación y que tenían en la mayoría de los casos un contenido cristológico, pero también soteriológico. El más conocido es quizás el himno a Cristo recogido en Flp 2,6-11, cuyo cuño especial señaló J. Weiss antes que nadie²⁰. Tal vez se hayan recogido también algunos fragmentos de la tradición (cf. Rom 3,24-26), de forma que hay textos que son discutidos de modo especial. Tal vez quede aún algo por descubrir. En el marco del análisis de las formas se aplicaron a los textos también las reglas de la retórica antigua. Así, se ha sostenido que la carta a los gálatas está estructurada de acuerdo con las leyes de la retórica (H.D. Betz). La tesis no se ha visto libre de objeciones. La breve carta a Filemón parece más apropiada para tales lucubraciones²¹.

Se ha descubierto también que algunas cartas de Pablo agrupan varios textos. Esto significa que algunas de las cartas de Pablo llegadas hasta nosotros constan de dos (o tal vez más) cartas del Apóstol agrupadas mediante un trabajo de redacción. Se explica el procedimiento porque comunidades que poseían cartas de Pablo las hicieron llegar a otras comunidades a fin de que todos tuvieran acceso a ellas. Este procedimiento pone en marcha la colección de las cartas del Apóstol. Esta observación reviste no poca importancia para la exégesis. Con todo, no se debería caer en una excesiva fragmentación de las cartas. La segunda carta a los corintios y la carta a los filipenses parecen serias candidatas a una división²². Tam-

20. Según E. Lohmeyer, *Kyrios Jesus. Eine Untersuchung zu Phil 2,5-11* (SHAW.PH 1927/28, 4) 4 nota 3.

21. Cf. Gnilka, Phm 7-12.

22. Influyó G. Bornkamm, *Die Vorgeschichte des sogenannten Zweiten Korintherbriefes* (SHAW.PH 1961/2).

bién pueden servir de ayuda las comparaciones con colecciones antiguas de cartas²³.

En los últimos tiempos se han hecho grandes esfuerzos para reconstruir la cronología de la vida de Pablo y, con ello, para comprender su actuación (A. Suhl, R. Jewett, G. Lüdermann, R. Riesner). Aunque en este campo no se ha llegado aún al punto final, sin embargo se han dado progresos interesantes que se prestan a provocar un cambio notable en la imagen habitual de Pablo. El enjuiciamiento depende de la valoración de algunos datos y fechas que debemos a Hechos de los Apóstoles. Surge la pregunta acerca de en qué medida son fiables o de si han sido acomodados a las intenciones de Lucas y deben ser corregidos desde datos paulinos.

En algunas ocasiones se ha recurrido a la psicología para explicar determinados fenómenos en las comunidades y cartas del Apóstol. Merecen aquí atención especial los estudios de G. Theissen que, entre otras cosas, ha sido capaz de arrojar nueva luz sobre el fenómeno de hablar en lenguas²⁴.

Si el estudio crítico de Pablo tuvo como objetivo desde un principio presentar el ideario del Apóstol y señalar su originalidad, esta visión hace hincapié hoy en que la teología de Pablo sufrió una evolución y atravesó varias etapas. Sin duda, hay determinadas cuestiones centrales que ocuparon siempre a Pablo. Con todo, él fue capaz de dar también respuestas diversas. Tal vez resulte extraña esta observación si se tiene en cuenta que sus cartas nacieron dentro de un lapso de tiempo más bien breve. Sin embargo, esta ponderación y consideración están relacionadas con su personalidad. Las aseveraciones rayanas a veces en la contradicción no deberían ser vistas como oscilación de Pablo en cuanto al asunto. Ellas ponen de manifiesto, más bien, que el Apóstol pugna con las cuestiones, que se siente afectado personalmente por ellas, que a veces las aborda desde el apasionamiento mientras que en otras ocasiones toma postura desde una distancia objetiva. Las cuestiones a las que hacemos alusión aquí se refieren a diversos temas de su teología, pero emergen con toda nitidez al comentar la cuestión de Israel y la significación de la Ley. Son temas que recorren casi todas sus cartas, pero predominan de modo especial en la carta a los romanos y en la carta a los gálatas. Al tratar diversas cuestiones debemos tener en cuenta que Pablo se adhiere a tradiciones anteriores a él, si bien jamás deja de pasarlas por el tamiz de su reflexión y de inflamarlas con el fuego de su genio. Hay que señalar con satisfacción que también teólogos sistemáticos comienzan a redescubrir a Pablo (E. Biser).

Pablo ha concitado también la atención de eruditos judíos, si bien ha sucedido esto sólo en fechas recientes. Esta evolución merece especial aplauso si se tiene en cuenta que acaece tras casi dos milenios de silencio permanente.

23. Cf. D. Trobisch, *Die Entstehung der Paulusbriefsammlung* (NTOA 10), Gotinga 1989.

24. G. Theissen, *Psychologische Aspekte paulinischer Theologie* (FRLANT 131), Gotinga 1983.

J. Klausner reconstruye lo que pensaron sobre Pablo los judíos de su tiempo. Y pasa luego a tomar una postura personal. En su opinión, el judaísmo no podía aceptar en su totalidad la doctrina de Pablo, si bien hay en éste ideas nobles y excelsas. Klausner las valora como genuinamente judías y atribuye al Apóstol el mérito de haber contribuido a promover la influencia del judaísmo sobre la cultura cristiana. Al final, Pablo es para él incluso «un pionero del Rey Mesías»²⁵.

Distinto es el juicio de H.-J. Schoeps. Empalmado con F. Chr. Baur, él contrapone a Pablo a la comunidad ebionita (judeocristiana). Y dice que de esa contraposición nació la Iglesia. Sostiene que la predicación y la teología de Pablo no son judías. Si Pablo hubiera permanecido en el seno del judaísmo, añade Schoeps, se hubiera convertido en héroe del judaísmo y hubiera podido liberarlo de su estrechez racista²⁶. Sch. Ben-Chorin, por el contrario, ve en Pablo —más profundamente aún que Klausner— a un teólogo judío cuya teología nació y creció de la misión. Los sufrimientos que la Ley procura a Pablo son para Ben-Chorin la vía totalmente especial para acceder a él. La afirmación de que Pablo no consiguió en la observancia ortodoxa de la Ley aquella paz que él pudo haber encontrado en la justificación ante Dios se presta en buena medida para meter a Pablo en el diálogo judío-cristiano. Ben-Chorin rechaza el argumento de M. Buber según el cual se produjo a través del Apóstol un distanciamiento del modo de fe judío. Concluye que lo nuevo del mensaje paulino testimonia que se ha conservado la fuerza de la herencia judía²⁷.

El espíritu anticristiano ha tropezado en Pablo. Es significativo que aquél pueda combinarse con un espíritu antisemita. Esto reviste perfiles especialmente nítidos en F. Nietzsche, para el que el paulino Evangelio de la cruz y resurrección de Jesús constituye un escándalo insuperable. Él llama a Pablo disangelista, falsificador; le atribuye descaro rabínico. Pablo es para él la «personificación del odio contra Roma, contra el “mundo”, es el judío, el judío eterno por excelencia». Él encendió un fuego universal e intuyó «cómo con el símbolo “Dios en la cruz” se puede aglutinar y convertir en poder enorme todo lo celeste-levantisco, toda la herencia de maquinaciones anarquistas que pululaban en el imperio. La salvación viene de los judíos»²⁸.

El nacionalsocialista A. Rosenberg, hablando desde la vertiente del racismo, dijo en su *Mythos des 20. Jahrhunderts* que Pablo «judeizó el cristianismo», e inspirándose en Nietzsche afirmó: «Pablo congregó de modo consciente todo lo estatal y a los leprosos mentales existentes en los países de su orbe para desencadenar la insurrección de los inferiores»²⁹.

25. Klausner, *Von Jesus zu Paulus* 553-561.

26. Schoeps, *Paulus*, sobre todo 299-314.

27. *Paulus* 9s, 89, 214.

28. *El Anticristo*: F. Nietzsche, vol. IV (Viena 1980), 462s, 473.

29. Según Dibelius, *Paulus* 7.

Un recorrido por la historia muestra que Pablo está en el centro, en el centro del cristianismo, invitando y desafiando, llamando a la fe y estimulando a contradecir, amado y odiado, un Apóstol y testigo para el que Cristo es lo único que vale.

BIBLIOGRAFÍA: A. Schweitzer, *Geschichte der Paulinischen Forschung*, Tubinga ²1933; W.G. Kümmel, *Das NT. Geschichte der Erforschung seiner Probleme* (OA III/3), Friburgo de Br.-Múnich 1958; B. Rigaux, *Paulus und seine Briefe*, Múnich 1964; G. Bornkamm, *Paulus*, Stuttgart 1969; tr. esp.; *Pablo de Tarso*, Sígueme, Salamanca ⁴1995; Sch. Ben-Chorin, *Paulus*, Múnich 1970; E.E. Ellis, *Paul and His Recent Interpreters*, Gran Rapids ³1971; A. Lindemann, *Paulus im ältesten Christentum* (BHTh 58), Tubinga 1979; H. Hübner, «Paulus Forschung seit 1945»: ANRW II 25.4 (1987) 2646-2840; O. Merk, «Paulus-Forschung 1936-1985»: ThR 53 (1988) 1-81; M.A. Hubaut, *Paul de Tarse*, París 1989; E. Biser, *Paulus*, Múnich 1992; E.P. Sanders, *Paulus*, Stuttgart 1995.

2. LA CUESTIÓN DE LAS FUENTES

¿De qué fuentes dependemos a la hora de ocuparnos en Pablo, en su vida, en su predicación y en su teología? Para estudiar su predicación y su teología contamos con sus cartas. Ellas son aquí la fuente única y exclusiva. Son siete. En el campo de la investigación bíblica se ha impuesto en buena medida la opinión de que la carta a los romanos, la primera y segunda a los corintios, la carta a los gálatas, la carta a los filipenses, la primera a los tesalonicenses y la carta a Filemón fueron redactadas de forma inmediata por el Apóstol. En cuanto a las cartas restantes, se supone que nacieron, después de la muerte de Pablo, en círculos de sus discípulos, de sus comunidades; y que se pretendía en ellas conservar y desarrollar la herencia del Apóstol³⁰. Ellas son de sumo interés para captar la pervivencia de las ideas paulinas, pero no se las tiene en cuenta para pergeñar la teología paulina. Hablamos de cartas deutrepaulinas en contraposición a cartas protopaulinas.

Las cartas protopaulinas, en las que nos centraremos para esbozar la teología paulina, son cartas que el Apóstol dirigió a comunidades fundadas por él. La carta a los romanos constituye una cierta excepción. Va dirigida a la comunidad existente en Roma, a la que él se proponía visitar, pero a la que no había visto hasta entonces. También la breve carta a Filemón detenta una posición

30. Componen este grupo la segunda carta a los tesalonicenses, la carta a los colosenses y la carta a los efesios —calificadas ambas como cartas de la cautividad—, las cartas pastorales —denominación que se da a la primera y segunda carta a Timoteo y a la carta a Tito— y la carta a los hebreos. La segunda carta a Timoteo también es considerada como carta de la cautividad. La carta a los hebreos tiene una relación más lejana con Pablo, pero se la incluye de ordinario en el *corpus paulinum*. Se discute la composición de la carta a los colosenses. Cf. al respecto Gnlika, Kol 19-26.

singular. La comunidad doméstica a la que se dirige el Apóstol en esta carta debe ser ubicada en el valle Licos, en Frigia (¿en Colosas?)³¹. Probablemente, Pablo tampoco había estado allí jamás, pero había ganado para el Evangelio a Filemón. Cuando expongamos la actuación de Pablo indicaremos dónde y en qué circunstancias hay que suponer que nació cada una de las cartas³².

En cuanto a algunas cartas se comenta la cuestión de si ellas constan de dos (o más) cartas. Pablo mismo indica en 1Cor 5,9; 2Cor 2,4 que escribió varias cartas a los corintios. Policarpo de Esmirna, que escribe en la primera mitad del siglo II, habla de cartas (en plural) que Pablo había dirigido a los de Filipos (Polic 2,2). Convendría no exagerar al manejar las hipótesis de partición. Con todo, también nosotros contamos con la posibilidad de que la segunda carta a los corintios y la carta a los filipenses contengan respectivamente dos cartas a los corintios o a los filipenses unidas mediante labor redaccional³³. Cabe suponer que también el capítulo de saludos de la carta a los romanos (Rom 16,3ss) tiene su propia historia. Hay que pensar que el nacimiento de las redacciones epistolares de la segunda a los corintios y de la carta a los filipenses está relacionado con la colección de las cartas de Pablo, cuyo comienzo debemos datar a finales del siglo I. Tal colección es un paso notable para la formación del canon del Nuevo Testamento.

Para reconstruir la vida y actividades del Apóstol tenemos, además de las cartas, los Hechos de los Apóstoles. Como es obvio, a la hora de emitir un juicio histórico, hay que atender primero a sus cartas como autotestimonios. Frente a la tesis de que ya en vida del Apóstol se formaron leyendas que él tuvo en cuenta a veces³⁴, hay que proceder con cautela. La fama, confirmada en Gál 1,23, de que comunidades judías han oído que el otrora perseguidor ha pasado a formar parte de la comunidad es del todo realista. Se discute mucho el juicio histórico que merece Hechos de los Apóstoles. Aquí deben interesarnos sólo las tradiciones acerca de Pablo sostenidas por el autor de Hechos de los Apóstoles. Sin duda, él dispone de tales tradiciones, pero éstas son de naturaleza muy variada. Van desde datos biográficos concretos, pasando por rutas de viajes, hasta narraciones en estilo de leyenda³⁵. A la hora de emitir una evaluación, hay que tener presente que Lucas remodeló en buena medida sus fuentes y las coloreó con su propio estilo. Eso hace que resulte difícil atinar con el verdadero perfil de ellas. Con todo, ni se puede ni se debe renunciar a Hechos de los Apóstoles. Aunque la pintura que Lucas (cf. al respecto: capítulo 10, 1) difiera claramente de la imagen histórica de Pablo, sin embargo es posible extraer de Hechos de los Apóstoles informaciones dignas de crédito.

No deberíamos perder de vista que Lucas, que redactó su obra tres décadas después de la muerte del Apóstol, pero que, sin duda, comenzó los traba-

31. Cf. Gnllka, Phlm 4-6.

32. Cf. también p. 89, 115ss.

33. Para lo concreto de la división, cf. abajo p. 116ss.

34. Cf. E. Plümacher: TRE III 498.

35. Cf. Becker, Paulus 13s.

jos previos algo antes, contó con diversas posibilidades —que habría aprovechado— para procurarse informaciones y material³⁶. Pudo visitar las principales comunidades paulinas y pedir a otras que recogieran informaciones para él. Pudo dirigirse por escrito a las correspondientes comunidades para pedirles que le contaran cosas. Admitamos que quien tenía la intención de redactar un relato (διγῆσις, cf. Lc 1,1-4)³⁷ y de informarse de todo exactamente desde su origen hizo ese trabajo de investigación. Sin duda que él acompasó a su concepción teológica lo que había encontrado; sin duda que se encontró con informaciones ya modeladas. Con todo, él resulta indispensable³⁸.

Debemos exclusivamente a él determinados datos concretos de la vida de Pablo. Sabemos sólo por él que Pablo era natural de Tarso y que también se llamó Saulo. Pisamos suelo especialmente sólido cuando se trata de noticias coincidentes recogidas en cartas de Pablo y en Hechos de los Apóstoles. Entre ellas se cuenta la noticia de que Pablo actuó en Macedonia y en Acaya, de que fundó comunidades en Filipos, Tesalónica y Corinto, de que Éfeso constituyó un punto central de su actuación misionera. También sus tres viajes a Jerusalén confirmados por él están recogidos en Hechos de los Apóstoles, si bien Lucas les pone acentos distintos. Para el final de Pablo dependemos por completo de Hechos de los Apóstoles. También a este respecto Lucas bebe en fuentes cuyo valor se discute con acaloramiento³⁹. Sin embargo, subyacen en ellas informaciones fiables sobre el prendimiento en Jerusalén, sobre la captura en Cesarea, sobre el traslado a Roma y sobre el martirio en la Ciudad Eterna.

La hipótesis avanzada por M. Dibelius y según la cual Lucas conoció un itinerario que informaba sobre las estaciones de los viajes de Pablo cuenta con numerosos partidarios y también con detractores. Por desgracia, la fundamentación ofrecida por Dibelius en favor de la existencia de tal itinerario fue algo infausta. Según Dibelius el itinerario respondía a razones prácticas, a la intención de reencontrar a los antiguos huéspedes y caminos al repetir los viajes⁴⁰. Por nuestra parte, pensamos en un itinerario que afecta a Act 13-21 y que contenía en forma sucinta noticias escuetas sobre las estaciones, así como información de lo acaecido en los respectivos lugares. También cabe la posibilidad de que Lucas contara con varias fuentes de información al respecto y que él las adaptara a su objetivo⁴¹. Esta suposición parece más plausible que la hipó-

36. Cf. Haenchen, Apg 77s.

37. Presuponemos que el prólogo Lc 1,1-4 está pensado para la totalidad de las dos obras de Lucas: para el evangelio y para Hechos de los Apóstoles.

38. Tampoco autores muy críticos pueden renunciar a Hechos de los Apóstoles en ciertos casos. Cf., por ejemplo, H. Conzelmann, *Geschichte des Urchristentums*, Gotinga 1989.

39. Stolle, Zeuge 260-267, sospecha detrás de Act 21-25 un relato prelucano del arresto. Habría que dar una valoración muy alta a la reelaboración lucana. Para el relato de la travesía marítima cf. abajo p. 295s.

40. Dibelius, Aufsätze 110.

41. Grässer, Acta-Forschung 190.

tesis de que Lucas mismo, sirviéndose de mapas, trazó con posterioridad los viajes del Apóstol. Se habrían tomado tales apuntes porque se deseaba recordar de modo escueto esos hechos. Los que deseaban mantener vivo de ese modo el recuerdo pudieron ser personas implicadas, pero también otros que no habían intervenido. De los relatos en primera persona del plural (16,10-17; 20,5-8.13-15; 21,1-18; 27,1-28,16) no se desprende de modo irrefutable que provengan de un implicado. Lucas podría haber utilizado el «nosotros» como medio literario. También es posible que se encontrara ya en fuentes del tipo más diverso que utilizó Lucas⁴².

BIBLIOGRAFÍA: A. Wikenhauser, *Die Apg und ihr Geschichtswert* (NTA VIII/3), Münster 1921; A. Kragerud, «Itinerariet: Apostlenes gjerninger»: NTT 56 (1955) 249-272; G. Schille, «Die Fragwürdigkeit eines Itinerars der Paulusreisen»: ThLZ 84 (1959) 165-174; V. Stolle, *Der Zeuge als Angeklagter* (BWANT 102), Stuttgart 1973; E. Grässer, «Acta-Forschung seit 1960»: ThR 41 (1976) 141-194, 259-290; 42 (1977) 1-68; A.J. Mattill JR., «The Value of Acts as a Source for the Study of Paul»: C.H. Talbert (ed.), *Perspectives on Luke. Acts*, Edimburgo 1978, 76-98; J. Jervell, «Paul in the Acts of the Apostles-Tradition, History, Theology»: J. Kremer (ed.), *Les Actes des Apôtres* (BETHL 48), Gembloux 1979, 297-306; J. Wehnert, *Die Wir-Passagen in der Apg*, Gotinga 1989.

42. Cf. Grässer, *Acta-Forschung* 191. Conzelmann, *Apg* 6, considera que el problema de los relatos en primera persona del plural no está resuelto.

CAPÍTULO 2

JUVENTUD Y EDUCACIÓN

1. EN TARSO

Aunque Pablo mismo no nos dice demasiado acerca de su juventud y educación, sin embargo un cotejo histórico cultural y sociológico puede ofrecer algunas informaciones. El entorno que le rodea puede arrojar luz indirecta sobre el curso de su vida. Es innegable que él nació en Tarso, Cilicia. Debemos esta información a Hechos de los Apóstoles, que la confirma por tres veces en relación con su vocación y su prendimiento en el Templo de Jesuralén¹. «Yo soy ciertamente judío, de Tarso, en Cilicia, ciudad bien conocida» (21,39; cf. 22,3), confiesa el Pablo lucano ante el tribuno romano. De igual manera se expresa ante el pueblo. Y se encarga a Ananías, en Damasco, que vaya a buscar «a un hombre de Tarso llamado Saulo» (9,11). También es significativo que Pablo, algún tiempo después de su vocación, vaya a Tarso, donde le visita Bernabé (9,30; 11,25).

Tarso está en la parte occidental de la planicie calcidia que se extiende a lo ancho y a lo largo, verde y exuberante, detrás de la ciudad, surcada de cuando en cuando por suaves colinas ondulantes «hasta que, por fin, las imponentes estribaciones del Tauro cilicio, que se alza majestuoso hacia el cielo y corta de forma fantástica el horizonte, le cierran el paso». Con estos términos encomió A. Deissmann, el gran estudioso de la Antigüedad y exégeta, el aspecto que la imponente mole del Tauro ofrece vista desde Tarso².

A través de la ciudad discurría el curso inferior del Kydnos, navegable en aquellos días, que conectaba a Tarso con el mar, situado entonces 13 km al sur. La ciudad, conectada así a la ruta comercial que discurría a través del Mediterráneo, incrementaba su función de nudo de comunicaciones con la importante vía que, partiendo de la Antioquía siria, atravesaba Tarso y conducía a la costa egipcia de Asia Menor, y con otro camino de conexión con el Mar Negro, camino que arrancaba de Tarso.

1. El que Pablo mismo jamás mencione su lugar de nacimiento permite concluir, según Haenchen Apg 550, que no nació en Palestina.

2. Paulus 24.

La historia de la ciudad, cuya fundación se remonta a la época hitita (no antes del 1200 a.C.)³, nos enseña que, hasta los días de Alejandro Magno, fue más influida por el Oriente, por Persia, que por Occidente. Tarso fue gobernada por reyes nativos dependientes de Persia y, más tarde, por sátrapas persas. Monedas de Tarso muestran caballeros con vestimenta persa. Con Alejandro Magno, conquistador de la ciudad, cambia esta situación. Ella se ve sometida a partir de entonces a una creciente influencia griega y llega incluso a convertirse en un centro de filosofía griega. Antípatro, prócer de los estoicos y maestro de Panaitios, el estoico Atenodoros, profesor de Augusto, así como el académico Néstor actuaron aquí; también en funciones políticas.

En la época de los *diadocos* Tarso pasa a ser seleúcida. El entusiasmo o el afecto era tan grande que la ciudad pasó a llamarse durante un tiempo Antioquía. Ella alcanza relevante importancia política con los romanos. Cuando Cilicia pasó a ser provincia romana en el año 66 a.C., Pompeyo convirtió a Tarso en capital de la provincia. Cicerón fue uno de sus gobernadores. En las guerras civiles, ella tomó partido por Marco Antonio y Octavio, el futuro Augusto. Esto hizo que Craso tomara represalias contra ella, pero Augusto premió luego con creces su fidelidad. Ella consiguió el estatuto de *civitas libera*, es decir, la exención de impuestos, y vio ampliado notablemente su perímetro urbano, hasta el punto de que éste comprendía ahora también una parte de la costa calcidia⁴.

Por suerte, poseemos juicios de autores antiguos sobre la población de Tarso. Proviene de la época en que ella había alcanzado cotas de bienestar y de prestigio. Estrabón⁵ ensalza su afán de aprender. Reinaba en ella gran afición a la filosofía y a todas las ramas del saber. Dice que había allí numerosas escuelas dedicadas a formar retóricos. Filostrato⁶, por el contrario, censura su vanidad. Los de Tarso amaban más, según él, las vestimentas que los atenien-ses la sabiduría. Los de Tarso debían su prosperidad económica no sólo al comercio, que discurría por las puertas cilicianas, sino también a la fertilidad de sus tierras. Producían, principalmente, cereales, vino y lino. Este último proporcionaba la materia prima para la industria dominante de la provincia: la industria textil. Tarso era su centro⁷. Pero también se manufacturaban pelos de cabra y pieles. El término *cilicium* (κίλικιον), que designa el paño tosco hecho con pelo de cabra cilicia, conserva el recuerdo de aquella industria.

3. El nombre Tarso proviene probablemente del dios Turku, que, en tiempos de Pablo, fue venerado como Sandon, un dios de la fertilidad y protector de la viticultura. Se han encontrado de él numerosas figuras en terracota.

4. Según Dio Chrysostomos 34, 8 (Discurso de Tarso), Augusto concedió a la ciudad «tierra, constitución, prestigio, derechos de soberanía sobre el río y el mar en vuestro ámbito». Plinio, hist. nat. 5, 92, la llama «liberam urbem». Cf. D. Nörr, «Origo. Studien zur Orts-, Stadt- und Rechtsgeschichte in der Antike»: TRG 31 (1963) 525-600, aquí 567s.

5. Geogr. 14, 5, 13.

6. Vita Apoll. 1, 7.

7. Cf. Jones, Cities 206.

Pablo nació, pues, en esta ciudad⁸. Aquí pasó su infancia y su adolescencia. Creció en un ambiente urbano. Como hijo de judíos de la diáspora, no sólo tuvo contacto, desde su infancia, con personas de otras razas y pueblos, sino que, además, pudo experimentar diariamente en esta metrópoli comercial la apertura al mundo. Personas de otras culturas y mentalidades no eran un fenómeno extraño para él, sino que tuvo contacto con ellas desde su juventud y pudo observar sus hábitos y costumbres. No es casual que el futuro gran misionero no proviniera de Palestina, sino de la diáspora. Merecería la pena llevar a cabo un estudio lingüístico y social para ver si —y en qué medida— el entorno urbano en el que Pablo creció configuró su lenguaje. Eso alcanzaría su expresión más clara en su lenguaje metafórico⁹. Éste se diferencia nítidamente del de Jesús. En Pablo no encontramos algo comparable con las parábolas de Jesús. Éste creció en un entorno rural. En Tarso, dos culturas marcaron a Pablo: la judía en el ambiente doméstico, y la griega, dominante en la ciudad y a la que él no podía sustraerse. Pablo era, y siguió siendo, un viandante entre dos mundos.

Probablemente Pablo nació en Tarso en los primeros años de la era cristiana¹⁰. Nos basamos para ello en que la carta a Filemón, en la que él se autocalifica de anciano (Flm 9: *πρεσβύτερος νυνί*) fue escrita en el año 50 d.C. Se tenía a uno por anciano a la edad de cincuenta años. Según eso, Pablo habría sido unos pocos años más joven que Jesús¹¹.

Él insiste varias veces en su ascendencia judía. Él es hebreo, israelita, del linaje de Abrahán (2Cor 11,22). En Rom 11,1 añade a lo anterior: «De la tribu de Benjamín». En Flp 3,5 recoge los siguientes datos: «Circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo hijo de hebreos, fariseo en la observancia de la Ley». Pablo obtuvo el signo de elección de Israel, la circuncisión, no con posterioridad, sino, como ordena la Ley (Gén 17,12), a los ocho días de nacer. Es lícito leer lo que sigue en el sentido de una línea ascendente. Y eso significa entonces que él fue circuncidado en conformidad con la Ley porque él es israelita, no prosélito. A diferencia de otros israelitas, su familia puede acreditar que descende de la tribu de Benjamín. Del mismo modo, a diferencia de otros judíos de la diáspora, él puede reclamar para sí y para su familia la denominación de hebreo. Lo distintivo bien podría consistir en que la familia es oriunda de Palestina y en que utiliza la lengua aramea. Ambas cosas resuenan en el gentilicio «hebreo». Ahí se da una importancia preferente al origen. Porque la familia es oriunda de Palestina, por eso ella habla arameo¹².

8. Filón, Gai. 281, confirma la presencia de colonos judíos en provincias asiáticas, expresamente también en Cilicia. Y subraya su vinculación con Jerusalén.

9. Cf. Straub, *Bildersprache*.

10. Los autores oscilan entre 0 y 10 d.C. Cf. Kuss, Paulus 19s, notas 2s.

11. Solón dividía la vida del hombre en diez períodos, el médico Hipócrates en siete. Cf. Filón, opif. 103-105, y F. Boll, «Die Lebensalter»: *Neues Jahrbuch für das Klassische Altertum* 31 (1913) 89-145.

12. Con W. Gutbrod: ThWNT III 393. También en Filón, Josefo y en inscripciones el término «hebreo» designa lo distintivo en el judaísmo junto a su uso para el pueblo de la época antigua. Cf. ThWNT III 375s.

Habría que poner entre interrogantes una tradición que debemos a Jerónimo¹³ y según la cual los padres de Pablo habrían vivido en la zona de Gischala, en Galilea, y habrían sido expulsados por los romanos. Esta tradición es cuestionable porque sitúa también en Galilea el nacimiento de Pablo. Pero tal vez conserva la noticia de que el traslado de los antepasados de Pablo a Tarso estuvo relacionado con la invasión de Palestina y conquista del Templo realizadas por Pompeyo en el año 63 a.C.¹⁴ Como es natural, aquí nos movemos en el terreno de las suposiciones.

Si partimos de que la familia de Pablo, por ser hebrea, mantuvo estrecho contacto con la metrópoli, cabe pensar que peregrinó a Jerusalén en diversas ocasiones para celebrar alguna de las grandes fiestas judías. La vinculación con la metrópoli confiere visos de probabilidad a la noticia, recogida en Act 23,16, de que una hermana de Pablo estaba casada en Jerusalén. Es ésta la única noticia que tenemos sobre miembros de la familia.

Sus dos nombres, Saúl y Pablo¹⁵, confirman que él perteneció a dos culturas. El primero de los nombres es conocido sólo a través de los Hechos de los Apóstoles, que prefiere la versión griega, es decir, Saulo, pero que ofrece con regularidad la forma original cuando se refiere a su vocación, sobre todo en la pregunta: «¡Saúl, Saúl! ¿Por qué me persigues?» (Act 9,4; 22,7)¹⁶. Debemos considerar la forma Saulo como asimilación rítmica secundaria a Paulo (Pablo). Act 13,9 da la impresión de un cambio de nombre: «Saulo, que también se llama Pablo». Sin embargo, el autor, que hasta ahora ha utilizado sólo el nombre Saulo, quiere indicar de ese modo que Saúl/Pablo, a partir de su encuentro con el procurador Sergio Pablo en Pafos, centra definitivamente su actividad misionera en el mundo romano. Es posible que se impusiera al niño el nombre Sa-úl por pertenecer la familia a la tribu de Benjamín, pues también el rey Saúl fue de la tribu de Benjamín. Se discute la coordinación de ambos nombres. Sin embargo se impone la opinión de que Pablo es *cognomen*, nombre principal, mientras que Sa-úl sería utilizado sólo en el ámbito familiar y en el círculo de conocidos (*supernomen* o *signum*)¹⁷. Eso explica en parte que Pablo jamás recoja su segun-

13. *De viris illustribus* 5 (Migne PL 23, 646) y *Comm. in epist. ad Philemonem* (Migne PL 26, 633s).

14. Ofrece una valoración positiva de la noticia Klausner, *Von Jesus zu Paulus* 290. Considera que no es posible inventar una noticia de este tipo, y baraja la posibilidad de que la expulsión hubiera sido causada por la invasión de Varo. Con reservas y de forma positiva también Hengel, *Der vorchristliche Paulus* 206s.

15. Son comparables Juan Marcos (Act 12, 12) y José Barsabás (1, 23).

16. El papiro 45 (s. III) jamás dice Saulus (Saulo), nombre que tampoco conocen los LXX ni Josefo, sino que dice, siempre y sólo, Saúl. Haenchen, *Apg* 342 nota 1, sospecha que Saulus (Saulo) no entró en los manuscritos hasta el s. III/IV, por asimilación al nombre Paulus (Pablo). Pero ¿por qué se ha conservado entonces Saúl en algunos pasajes, de modo consecuente en las historias de vocación?

17. Bornkam, *Paulus* 29; Haenchen, *Apg* 342 nota 1; Hengel, *Der vorchristliche Paulus* 198 nota 73. *Cognomen* significa literalmente sobrenombre. Se añade al *nomen gentilicium*. Cf. H. Rix: *KP* IV 657-661.

do nombre en sus cartas. En ellas se presenta sólo con su nombre principal Pablo, al que vincula con su ministerio (p. ej.; Rom 1,1: «Esclavo de Jesucristo, apóstol por vocación»)¹⁸. No se ha resuelto aún el enigma de por qué se impuso al muchacho el nombre Pablo, nada frecuente entre los romanos y que en los romanos, sobre todo en el Oriente griego, era «extremadamente inusual»¹⁹.

¿A qué estrato social pertenecían los padres de Pablo? ¿Cuál era su profesión? Podemos formular esas preguntas, pero carecemos de una respuesta. No es probable que pertenecieran a la clase social baja. Es más atinado pensar que engrosaban la clase media. Eso parece indicar el hecho de que procuraran una formación académica al adolescente, como demuestra el nivel de sus futuras cartas. También el oficio artesano de *σκηνοποιός* que él ejerció más tarde tiene algo que ver con su ciudad natal, sea que él lo aprendiera en ella, sea que el padre ejerciera la misma profesión (cf. Act 18,3). Un padre judío estaba obligado a enseñar a su hijo la Torá y un oficio²⁰. El *σκηνοποιός* no sólo fabricaba lonas. Con pelos y pieles caprinos, abundantes en Cilicia, se confeccionaban también mantas, prendas de vestir, sombreros y sillas de montar.

Pisamos terreno algo más firme cuando nos referimos a otro dato. Según Act 22,25-29, Pablo era ciudadano romano por nacimiento. Eso significa que él heredó de sus padres la ciudadanía romana. Una vez más, sólo Hechos de los Apóstoles nos transmite ese dato. Pero difícilmente podemos ponerlo en duda, pues sólo el *civis romanus* tenía la posibilidad de exigir que se tramitara en Roma su litigio²¹. Cabría objetar que Pablo no hace uso de esa posibilidad —caso de que la tuviera— en otras situaciones. En todo caso, 2Cor 11,23 nos dice que él estuvo «más en las cárceles». Sin embargo, desconocemos las circunstancias concretas de esas cautividades. Hay quien dice que el Apóstol quiso soportar de modo consciente en su seguimiento de Cristo las privaciones que lleva consigo la prisión. Ante todo, habrá que tener en cuenta que él aspiraba a ir a Roma al final de su actividad. La apelación al tribunal imperial de Roma le brindaba la posibilidad de trasladarse a la capital del imperio.

El ciudadano romano poseía privilegios legales en el plano privado, en el procesal y en el político. Dejando a un lado la ciudadanía heredada de los padres,

18. Es improbable que Pablo quisiera ocultar su condición de judío.

19. Hengel, *Der vorchristliche Paulus* 197s.

20. Esta frase de *Tosefta Qid* 1, 11, en la que se basa Klausner, *Von Jesus zu Paulus* 293 s, podría haber tenido vigencia ya en el tiempo de Pablo.

21. Según Epicteto 3, 24, 41, la pena de muerte descansaba en una equivocada reivindicación del derecho de ciudadanía romana. Cf. Suetonio, *Claudius* 25. — Stegemann: *ZNW* 78 (1987) 200-229 niega que Pablo poseyera la ciudadanía romana. Y opina que Lucas la infirió del traslado del prisionero Pablo a Roma. A decir verdad, no está claro por qué se habrían decidido los romanos a este procedimiento sumamente costoso. Resulta ilustrativo tener en cuenta cómo procede Plinio con los cristianos en Asia Menor. Contra unos procede sumarísimamente. A los otros, que eran *cives Romani*, los anota para su traslado a Roma. Plinio tomó posesión de su cargo el 17 de septiembre del año 111 en Bitinia. Obsérvese también que, al parecer, entre los cristianos había no pocos que poseían el derecho de ciudadanía romana. Cf. Plinio, ep. 10, 96.

había dos caminos para conseguirla. El emperador podía otorgarla a personas concretas o a grupos en virtud de méritos especiales o de consideraciones políticas. César y Augusto hicieron uso abundante de esta posibilidad. La segunda vía de acceso a la ciudadanía romana era la manumisión. Cuando un ciudadano romano concedía la libertad a un esclavo, éste solía obtener el derecho de ciudadanía. Con todo, cabía la posibilidad de restringir los derechos asociados a la ciudadanía²². Mencionamos esto porque los padres o antepasados de Pablo tal vez consiguieron el derecho de ciudadanía por ese camino²³. De ahí podría resultar una cierta aproximación a la tradición transmitida por Jerónimo. Cabe suponer que los padres (o antepasados) de Pablo vinieron de la madre patria a Asia Menor como esclavos cautivos. Pasaron a ser propiedad de un ciudadano romano que más tarde les concedió la libertad. Es posible que Pablo poseyera también la ciudadanía de la ciudad de Tarso²⁴. De ser así, el hecho indicaría que, entre tanto, sus padres habían conseguido prestigio y buena situación económica²⁵.

BIBLIOGRAFÍA: W. Ruge, art. «Tarsus»: PW IV A 2 (1932) 2413-2439; A. Oepke, «Probleme der vorchristlichen Zeit des Paulus»: ThStKr 105 (1933) 387-424; G.A. Harrer, «Saul who also is called Paul»: HThR 33 (1940) 19-34; A.H. M. Jones, «The Cities or the Eastern Roman Provinces» (Oxford 1971); D. Flusser, «Die jüdische und griechische Bildung des Paulus»: E. Lessing (ed.), *Paulus*, Friburgo de Br. 1980, 11-39; G.H.R. Horsley, «The Use of the Double Name»: *New Docs I* (1981) 89-96; J. Vogt, «Der Apostel Paulus als römischer Bürger»: *Universitas* 36 (1981) 145-152; E.A. Judge, «Greek names of Latin Origine»; *New Docs II* (1982) 106-108; M. Carrez, «Notes sur les événements d'Ephèse et l'appel de Paul à sa citoyenneté romaine: A cause de l'évangile» (Miscelánea J. Dupont) (LD 123), París 1985, 769-777; W. Stegemann, «War der Apostel Paulus römischer Bürger?»: ZNW 78 (1987) 200-229.

22. Cf. Kaser, *Privatrecht* 115-119, 293-301.

23. Cf. Hengel, *Der vorchristliche Paulus* 202-208. — Un ciudadano romano tenía tres nombres: *praenomen*, *nomen gentilicium* y *cognomen*. Los libertos tomaban el *praenomen* y el *nomen gentilicium* del patrono. No se debería entrar en especulaciones sobre el *praenomen* y *nomen gentilicium* de Pablo. Así, se ha opinado que el nombre Paul(l)us proviene de la famosa familia de los Aemilii, en la que el nombre Pablo se utilizó con más frecuencia como *cognomen*. Según eso, el nombre completo del Apóstol habría sido L. Aemilius Paulus. Cf. Hengel, *Der vorchristliche Paulus* 198 nota 73.

24. Esto depende de que se pueda interpretar en este sentido Act 21,38 o de que designe sólo el origen. Weiser, *Apg* 612 prefiere lo primero: «Pablo, desde el momento de su nacimiento, tanto habitante de Tarso como ciudadano romano».

25. Lo más natural sería que la familia hubiera adquirido mediante compra el derecho de ciudadanía de Tarso.

2. EN JERUSALÉN

Pablo estuvo una sola vez en Jerusalén antes de ser llamado al apostolado. Seguro que esa estancia respondía a su vehemente deseo de conocer más de cerca la metrópoli de Israel, el centro de la cultura y de la religiosidad judías. Cabe suponer que también sus padres, a los que él define como hebreos, habrían alimentado y estimulado ese deseo de su hijo, cuyas singulares aptitudes intelectuales e intereses no pudieron permanecer ocultas para ellos. Esa visita no podía limitarse a participar en una de las anuales peregrinaciones a una de las grandes fiestas, sino que debió de tener una duración mayor.

Pablo deja traslucir en numerosos pasajes de sus futuras cartas el gran aprecio que sentía por la ciudad de Jerusalén. Bien es cierto que en las cartas él opina ya como cristiano. Pero no se puede trazar un corte entre su opinión como cristiano y la valoración que la Ciudad le mereció ya en tiempos anteriores. Jerusalén es para él el punto de partida del Evangelio (Rom 15,19), opinión que encontramos plasmada de forma similar ya en el profeta Isaías (cf. Is 2,3). También la colecta que él promovió en favor de los «pobres de Jerusalén» está en esa perspectiva teológica (cf. 2Cor 8,14s). Pablo nos habla también de los viajes que hizo a Jerusalén como apóstol (Gál 1s), pero, por desgracia, no nos dice nada acerca de su estancia en Jerusalén antes de su llamamiento al apostolado, aunque tal vez alude a ella de modo indirecto.

De nuevo, es Hechos de los Apóstoles el que nos ofrece al respecto un saber más concreto. El Pablo de Lucas dice lo siguiente en un discurso que pronuncia en el templo de Jerusalén: «Yo soy judío nacido en Tarso de Cilicia, pero educado en esta ciudad, en la escuela de Gamaliel ... y muy celoso de la misma Ley» (Act 22,3). La alusión a ese tiempo de su estancia en Jerusalén es más general en el discurso que él pronunció ante Agripa y Festo en Cesarea: «Y en primer lugar, por lo que hace al tenor de vida que observé en Jerusalén, desde mi juventud entre los de mi nación, es bien notorio a todos los judíos. Saben de antemano, si quieren confesar la verdad, que yo, siguiendo desde mis primeros años la senda más estricta de nuestra religión, viví cual fariseo» (Act 26,4s). Lo sorprendente de estas dos aseveraciones coincidentes en este punto es que Pablo se crió desde un principio, desde su infancia, en Jerusalén y recibió instrucción en esta ciudad. El tiempo de su estancia en Tarso aparece abreviado hasta carecer de importancia. Tarso queda entonces sólo como su lugar de nacimiento. Cobra mayor fuerza esta visión si tenemos en cuenta que en Act 22,3 se echa mano de un extendido esquema tripolar: *nacer-criarse-recibir instrucción*, y que la segunda parte se refiere al tiempo de la infancia²⁶. Se segui-

26. Ofrece la demostración Van Unnik, Tarsus or Jerusalem. Da la siguiente descripción de la segunda época, calificada con ἀνατενυγαμμέως: «Before he (Paul) could peep round the corner of the door and certainly before he went roaming on the street» (301). En Act 7,20s se aplica el mismo verbo a Moisés niño. Con ello se confirma esta visión.

ría de ahí que los padres de Pablo se habrían mudado de Tarso a Jerusalén cuando éste era aún un párvulo.

Del Gamaliel al que menciona el Pablo lucano y a cuya escuela habría asistido dice Act 5,34 que era fariseo y que todo el pueblo le apreciaba como maestro de la Ley²⁷. Se trata de Gamaliel I, que, para distinguirlo de su nieto homónimo —tal vez aún más famoso—, fue conocido como Gamaliel el Viejo. Desarrolló su actividad entre los años 25 y 50 d.C.²⁸ Él habría acuñado el dicho siguiente: «Procúrate un maestro y te mantendrás alejado de incertidumbres»²⁹. También se transmite como proveniente de él un dicho que se refiere a las prescripciones de la pureza cultural y que arroja una luz significativa sobre la concepción farisaica de la Ley³⁰. En la literatura talmúdica se encomia su observancia de la ley y su rigor moral. Incluso se llega a decir que, tras su muerte, se acabó en Israel el respeto reverencial a la Ley. Act 5,34ss no omite presentar a Gamaliel como un judío determinante que se distinguió por su actitud no hostil, sino más bien amistosa, respecto del cristianismo.

Se han puesto en duda ambos datos lucanos: el temprano traslado de la familia de Pablo a Jerusalén y la asistencia de éste a la escuela de Gamaliel. De hecho, el discurso de Act 22,3ss pone toda la carne en el asador para demostrar la mentalidad y origen judíos de Pablo. ¿Qué mejor medio para conseguirlo que vincular estrechamente a Pablo con Jerusalén, la metrópoli judía? Es obvio que Lucas, con independencia de cómo obtuvo ese saber, depende de tradiciones.

Si cotejamos las informaciones de Hechos de los Apóstoles con aseveraciones del Apóstol, detectaremos dos coincidencias relevantes. Nos referimos a los importantes datos biográficos consignados en Flp 3 y en Gál 1. La secuencia de datos biográficos recogida en Flp 3, que hemos entendido como gradación, se cierra con la afirmación siguiente: «Fariseo en la observancia de la Ley; en celo, perseguidor de la Iglesia de Dios, y en cuanto a la justicia que consiste en la Ley, ha sido mi proceder irreprochable» (Flp 3,5s). Encontramos aquí ambas coincidencias: que él era, o se hizo, fariseo, y que ardía en celo por la Ley. La gradación respecto de los datos precedentes se ve en lo siguiente: porque era judío por los cuatro costados y no prosélito, por eso fue circuncidado a los ocho días de nacer. Porque su familia —si bien pertenecía a la diáspora judía— había emigrado de Israel y nunca perdió el contacto con la madre Patria, es él hebreo hijo de hebreos. Porque él se hizo fariseo por decisión personal y se adhirió con ello a la observancia estricta de la Ley, por eso puede autocalificarse como fanático de la Ley. Aquí, la gradación consiste en que él se hizo fariseo y fanático de la Ley en virtud de una decisión personal en vez de limitarse simplemente a seguir de modo autómatas a sus pa-

27. Según Josefo, Vita 190s, Simón, el hijo de Gamaliel, es fariseo.

28. Cf. Billerbeck II 636; Neusner, *Judentum* 7s.

29. Billerbeck II 638. Pero también se relaciona este dicho con su nieto homónimo. Cf. H.L. Strack-G. Stemberger, *Einleitung in Talmud und Midrasch*, Múnich 1982 72s.

30. «La levadura, si no es suficiente para acidificar, jamás hace masa profana de la juventud en la que ella ha caído». En Billerbeck II 630.